

RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

VI.- TESOROS DE SABER (DON DE CIENCIA)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

Como estamos reflexionando en estos retiros, en nuestra vida de fe, en general, sabemos mucho sobre Jesús como Hijo de Dios; también el Padre nos resulta bastante familiar, pero acerca del Espíritu Santo, más allá de afirmar que creemos en Él, muchos de nosotros no nos atreveríamos a entrar en detalles.

A muchos nos ocurre lo que a aquellos discípulos que Pablo encontró en Éfeso (cfr. Hch 19, 1-7), a quienes preguntó: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?” Ellos respondieron: “Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo”.

Por eso, necesitamos aumentar el trato con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para caer en la cuenta de que la manera por la que Dios llega hoy a nosotros es el Espíritu Santo, y descubrir que es una Persona tan real como el Padre y el Hijo.

El Padre, para acercarse al ser humano, envía a su Hijo por obra del Espíritu Santo. Y el Hijo, tras su muerte, resurrección y ascensión, junto con el Padre envía al Espíritu Santo. Ahora, quien siente y sigue al Espíritu siente y sigue a Jesús y al Padre. El Espíritu Santo es mensaje, es presencia, es vínculo de lo más íntimo de Dios con lo más íntimo de nosotros, y nos espera para establecer con nosotros una relación de intimidad, si es que sabemos reconocer su presencia escondida en las realidades diarias.

Nuestro camino para llegar a Jesús es el Espíritu Santo, como Jesús es el camino para llegar al Padre: del Espíritu a Jesús, y de Jesús al Padre. Así como Jesús hace presente al Padre con su caminar entre los hombres y mujeres de su tiempo, así el Espíritu Santo hace presente a Jesús hoy en nuestro caminar.

En el retiro anterior estuvimos profundizando en el don de fortaleza, mediante el cual el Espíritu Santo libera nuestro corazón de la tibieza, de las incertidumbres y de todos los temores que pueden frenarlo, de modo que la Palabra del Señor se ponga en práctica, de manera auténtica, porque el don de fortaleza es la sabiduría, el entendimiento y el consejo hechos acción, y que se concretan en el valor, la constancia, la perseverancia...

Y en este retiro vamos a hablar del “Don de Ciencia”. Al hablar de ciencia, en lo primero que pensamos es en las “ciencias humanas”, las que se estudian en colegios y universidades. Pero, como sabemos, las cosas de Dios van por otros caminos, y eso es lo que vamos a reflexionar hoy.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don de Ciencia”?

JUZGAR: LA CIENCIA DESDE LA BIBLIA.

La ciencia se define como un conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, estructurados sistemáticamente, y de los que se deducen principios y leyes generales que se pueden comprobar experimentalmente.

La palabra “ciencia”, en la Biblia, no se refiere a la labor de los científicos; tiene un sentido más amplio. A los Dones de Sabiduría, Entendimiento y Consejo, que afectan a la actividad de la inteligencia humana en su dimensión de encontrar a Dios y el camino hacia Él, ahora se une el don de ciencia para que nos acompañe en nuestra búsqueda, añadiendo la naturaleza y toda la Creación a nuestro campo de acción.

Así aparece reflejado en el libro del **Génesis**: (1, 26-28; 2, 19-20)

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra».

El Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó a Adán, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adán le pusiera. Así Adán puso nombre a todos los ganados, los pájaros del cielo y a las bestias del campo.

Como sabemos, no hay que interpretar literalmente estos pasajes. Son relatos que, por medio de personajes ficticios, construyen una historia para transmitirnos una verdad de fe. “Adán” representa al género humano en su conjunto.

La Creación está en marcha desde que el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas (Gen 1, 2). El ser humano comienza a acercarse a ella con curiosidad y temor. La ciencia que viene del Espíritu Santo nos lleva a captar, a través de la Creación, la grandeza y el amor de Dios. Cuando nuestros ojos son iluminados por el Espíritu, se abren a la contemplación de Dios, en la belleza de la naturaleza y en la grandiosidad del cosmos. Ante todo esto, el Espíritu nos conduce a alabar al Señor desde lo profundo de nuestro corazón y a reconocer, en todo lo que tenemos y somos, un don inestimable de Dios y un signo de su infinito amor por nosotros.

El “Don de Ciencia” nos coloca en profunda sintonía con el Creador, nos hace participar de su mirada y de su juicio. Y desde esta perspectiva vemos que toda la Creación existe en función del ser humano, es nuestra, y la manera de “dominarla” (no para explotarla, sino para servirse de ella de modo responsable) es entenderla, conocerla. La Creación no es una propiedad, de la cual podemos disponer a nuestro gusto; ni, mucho menos, es una propiedad sólo de algunos, de pocos: la Creación es un don, un don maravilloso que Dios nos ha dado para que cuidemos de él y lo utilicemos en beneficio de todos, siempre con gran respeto y gratitud.

El “Don de Ciencia” nos ayuda a hacer nuestro el don de la Creación. Contemplando la naturaleza creada, estamos llamados a pensar y deducir, a sacar consecuencias y formular teorías, a acercarnos con nuestra mente a la realidad que nos rodea.

Esto se plasma con esa imagen en la que Dios hace desfilar a todos los animales ante el ser humano para que éste le imponga a cada uno su nombre. El ser humano identifica, clasifica; ésa es la labor de la ciencia. Empieza por dar nombre a los animales, luego busca nombres para cada órgano, cada función, para rocas y árboles y flores y plantas. Crece el vocabulario, y crece la ciencia.

Y más allá de los objetos, el ser humano estudia también las relaciones entre ellos. Causas y efectos, premisas y consecuencias, datos y teoremas. Y van apareciendo nuevos “animales” para que el ser humano les ponga nombre: electrón, neutrón, partículas cuánticas, galaxias... El dominio del ser humano se extiende, la ciencia humana crece sin fronteras.

Es decir, que la naturaleza tiene un comportamiento, obedece a unas leyes, se puede estudiar, se puede predecir bastante, y ésa es la base de toda investigación y de toda ciencia. El verano no vendrá después del otoño, ni la primavera precederá al invierno. El orden está ahí, y al ser humano le corresponde descubrirlo poco a poco, definirlo, para después disfrutarlo.

Para la reflexión:

- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, el sentido del relato del Génesis?
- ¿Tengo “curiosidad científica”, procuro entender la realidad que me rodea, los procesos que sigue?
¿Me ayuda este conocimiento en mi vida diaria?

EL DON DE CIENCIA.

El cristiano es un ser que vive en el mundo, que recorre su camino hacia Dios en un contexto personal, familiar, social, profesional y cultural determinado. Para ayudarnos a desenvolvernos cristianamente en ese entorno, nos ofrece el Espíritu Santo el “Don de Ciencia”.

El “Don de Ciencia” se distingue del don de entendimiento, que vimos en un retiro anterior, porque el entendimiento tiene que ver con las cosas celestiales, y el don de ciencia está más relacionado con las cosas de este mundo, con las cosas creadas. Significa que podemos mirar este mundo con ojos espirituales, con una mirada transformada por el Espíritu Santo. Podemos descubrir la belleza más perfecta que el Espíritu Santo ha derramado en la Creación.

El “Don de Ciencia” es como un foco de luz divina orientado hacia la tierra. Mediante este don, el ser humano accede al conocimiento de esas dimensiones de la realidad que no se perciben sólo por medios técnicos pero que son reales, unas dimensiones divinas que la fe le descubre en todo lo que le rodea. El ser humano, iluminado por el Espíritu Santo con el don de ciencia, “conoce” profundamente las realidades temporales, descubre el reflejo de Dios en ellas. Las cosas creadas reflejan la imagen del Creador. Ése es el secreto último del don de ciencia: entender lo que nos rodea porque ahí descubrimos a Dios.

Y, desde ese conocimiento en profundidad, podemos transformar cualquier actividad humana en algo acorde con los Planes de Dios, en algo santo y santificante. Desde el “Don de Ciencia”, no nos apegamos a las cosas de este mundo ni nos dejamos esclavizar por ellas, porque todas ellas son medios que nos llevan a Dios.

El “Don de Ciencia” no nos permite saber más matemáticas, biología, historia o antropología, sino que ilumina éstas y otras ciencias humanas, y cualquier arte, oficio o actividad, para juzgar rectamente esa realidad y hacernos comprender y asimilar su sentido último en Dios, y ayudarnos a unir nuestro propio ser al ser de Dios en el desempeño mismo de esas ciencias, trabajos y acciones.

Para la reflexión:

- ¿He experimentado alguna vez la acción del “Don de Ciencia”?
- ¿Qué aplicación práctica puede tener el don de ciencia en mi vida cotidiana?

ACTUAR: HOMBRES Y MUJERES DE CIENCIA.

Solemos hablar de un hombre o mujer “de ciencia” refiriéndonos a una persona que se dedica al estudio y la investigación en los distintos campos del saber humano. Es necesario que haya hombres y mujeres que avancen cada vez más en sus investigaciones, pero a menudo se encuentran con dificultades porque hacen falta medios materiales, becas de estudio, etc. que les permitan dedicarse a la ciencia, y no pueden acceder a ellos.

Es necesario que nosotros, como cristianos, seamos hombres y mujeres de ciencia en el sentido del don del Espíritu; pero, a diferencia de los que se dedican a las ciencias humanas, nosotros no necesitamos grandes medios ni recursos, como nos enseñó Jesús. Él no era un hombre de cultura académica y, sin embargo, estaba lleno de ciencia, porque su vida estaba sostenida por el Espíritu:

Del Evangelio según san Lucas: (10, 21)

Jesús se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

Jesús no dice lo que Dios ha dado a conocer, sino solamente «estas cosas», es decir, la realidad que forma parte de la vida de la gente. La ciencia del Espíritu es concedida por el Padre con preferencia a los humildes y sencillos, a aquéllos que no se apoyan principalmente en sus propios saberes, a aquéllos que se niegan a aceptar todo lo que no sea inteligible para la limitada mente humana.

El gran Dios, Señor del cielo y de la tierra, es desconocido por los que se creen ser más inteligentes y más sabios que los demás. Es a los pobres a quienes se da a conocer. De hecho, Jesús prefirió habitualmente visitar las gentes sencillas, hombres y mujeres de condición modesta. Las personas sencillas, las de corazón humilde, son las que saben descubrir y entender los signos de la presencia, de la cercanía de Dios en la realidad que les rodea.

Si queremos ser “hombres y mujeres de ciencia”, acoger en nuestra vida este don, nos convendría a todos tener un corazón más humilde y sencillo, por supuesto en nuestro trato con las demás personas y, sobre todo, en nuestro trato con Dios, para saber descubrir y agradecerle tantos dones como nos hace.

Para la reflexión:

- Jesús no era un hombre de cultura académica y, sin embargo, estaba lleno de ciencia, porque su vida estaba sostenida por el Espíritu. ¿Qué puedo hacer para ser “hombre o mujer de ciencia”, al estilo de Jesús? ¿Aprovecho los medios que la comunidad parroquial me ofrece?
- Tras lo reflexionado, ¿cómo explicaría con mis palabras qué es el “Don de Ciencia”?

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE CIENCIA:

Espíritu Santo, **don de ciencia**,
te pido que me enseñes a ver el mundo con tus ojos.
Ayúdame a mirar cada cosa creada con una mirada profunda,
descubriendo en ella tu belleza y tu presencia.
Que pueda ver en cada criatura una chispa de tu amor,
y que la maravilla de lo que has hecho me acerque más a Ti.
Haz que este don crezca en mí,
para que no me apegue a nada ni me obsesione con los bienes de esta tierra.
Que todo lo que vea y toque me lleve a reconocer tu grandeza,
como hizo San Francisco de Asís, al ver en cada cosa un reflejo de tu amor.
Espíritu de Dios, transforma mi corazón,
para que en todo lo que me rodea encuentre un motivo de gratitud y alabanza.
Que cada cosa me hable de Ti y me acerque más a tu amor. Amén."



RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

VI.- TESOROS DE SABER (DON DE CIENCIA)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el “Don de Ciencia”?

JUZGAR: LA CIENCIA EN LA BIBLIA.

Del libro del **Génesis**: (1, 26-28; 2, 19-20)

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer lo creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra».

El Señor Dios modeló de la tierra todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo, y se los presentó a Adán, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que Adán le pusiera. Así Adán puso nombre a todos los ganados, los pájaros del cielo y a las bestias del campo.

- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, el sentido del relato del Génesis?
- ¿Tengo “curiosidad científica”, procuro entender la realidad que me rodea, los procesos que sigue? ¿Me ayuda este conocimiento en mi vida diaria?

EL DON DE CIENCIA:

- ¿He experimentado alguna vez la acción del “Don de Ciencia”?
- ¿Qué aplicación práctica puede tener el don de ciencia en mi vida cotidiana?

ACTUAR: HOMBRES Y MUJERES DE CIENCIA.

Del Evangelio según san Lucas: (10, 21)

Jesús se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultados estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien.

- Jesús no era un hombre de cultura académica y, sin embargo, estaba lleno de ciencia, porque su vida estaba sostenida por el Espíritu. ¿Qué puedo hacer para ser “hombre o mujer de ciencia”, al estilo de Jesús? ¿Aprovecho los medios que la comunidad parroquial me ofrece?
- Tras lo reflexionado, ¿cómo explicaría con mis palabras qué es el “Don de Ciencia”?

ORACIÓN PARA PEDIR EL DON DE CIENCIA:

Espíritu Santo, **Don de Ciencia**,

te pido que me enseñes a ver el mundo con tus ojos.

Ayúdame a mirar cada cosa creada con una mirada profunda, descubriendo en ella tu belleza y tu presencia.

Que pueda ver en cada criatura una chispa de tu amor, y que la maravilla de lo que has hecho me acerque más a Ti.

Haz que este don crezca en mí,

para que no me apegue a nada ni me obsesione con los bienes de esta tierra.

Que todo lo que vea y toque me lleve a reconocer tu grandeza, como hizo San Francisco de Asís, al ver en cada cosa un reflejo de tu amor.

Espíritu de Dios, transforma mi corazón,

para que en todo lo que me rodea

encuentre un motivo de gratitud y alabanza.

Que cada cosa me hable de Ti y me acerque más a tu amor. Amén.

